



Las semillas del mal

Una empleada de Agropatria confiesa su tenebroso paso de cinco años por la empresa que fundó el gobierno venezolano a la sombra de Agroisleña, una floreciente empresa que abastecía el 70 por ciento del mercado y prestaba financiamiento directo a más de 18 mil productores del campo cuando Hugo Chávez, en 2010, la expropió.



MARUJA DAGNINO

Enero de 2020.- “Una vez le pregunté a mi jefe qué iba a hacer si mandaban una inspección y me respondió que para acá no iba a venir nadie porque no hay gasolina”. Tímidamente Macarena había accedido a contarnos su oscura experiencia en Agropatria.

Apenas una de las 576 empresas del Estado venezolano que Transparency Venezuela ha contabilizado, de las cuales 425 son re-

sultado de expropiaciones, nacionalizaciones o confiscaciones, Agropatria ha devenido, según la historia de Macarena, en un lugar donde se juega al mercado negro con unos insumos subsidiados y destinados en principio a los pequeños y medianos empresarios del campo.

Ella quería trabajar en alguna empresa pública porque se ganaba bien y estaba totalmente encandilada con la idea de formar parte de los para entonces privilegiados funcionarios públicos. Después de hacer pasantías en el SAIME y Corpoelec, finalmente encontró trabajo fijo en Agropatria. Se entrevistó con el coordinador regional -que era por cierto hermano del coordinador del Consejo Federal de Gobierno de aquel momento- y lo describe como “un hombre honesto, que sabía hacer su trabajo”. Pero ella no sabía que viviría un laberinto administrativo y una montaña rusa emocional.

“Me asignaron a un centro de acopio de hortalizas para venderlas en las zonas más alejadas de la ciudad. Agropatria les entregaba las hortalizas a las comunidades organizadas y luego de venderlas, ellos pagaban. Mi trabajo era la contabilidad, y me sentí cómoda haciéndolo, pero se acumuló mucha deuda y no había manera de reponer el inventario, hasta que un día llegó, desde la sede central, la orden de cerrar el centro de acopio y ocho trabajadores, que íbamos a quedar a la deriva, fuimos reubicados en la tienda”.

“Paralelamente destituyeron al coordinador regional y nombraron a uno de nuestros compañeros en ese puesto. Él era jefe de todo lo relacionado con la hortaliza y de una planta donde se procesaba la papa para freír, pero pasó al Fondas y él quedó en el centro de acopio”.

La tienda era el centro de operaciones comerciales de Agropatria. En ese estable-

cimiento se distribuyen los insumos para el sector agrícola en la región, y se vende *in loco* todo tipo de insumo para los productores.

“Poco a poco fui viendo cómo a los grandes productores los atendían muy bien. Sí, pase, venga, diga. Y a los pequeños, a los que más les cuesta adquirir las cosas, se les despachaba con un no hay, no sé. Esos productos subsidiados eran para los agricultores con menos recursos –dice-, pero en realidad se los vendían a los que tenían más dinero. ¿Cómo lo hacían? Se facturaba a precio oficial, pero los vendían a precios muy elevados en la calle, fuera de la tienda. Es decir, facturaban a precios solidarios estipulados por la empresa, pero por debajo de la mesa recibían sus comisiones. Yo trabajaba en el área de talento humano, pero veía todo. A los que tenían dinero era a los que mejor trataban. Sacaban camiones full de mercancía. Algunos de ellos son simples intermediarios que compran cantidades enormes de productos, los venden en la calle y pagan la comisión, porque deciden que eso es más rentable que sembrar”.

Todo tiene su final feliz

“Todo lo que el que era coordinador de la tienda tiene, lo hizo así -asegura. Por debajo de la mesa, en Agropatria. Incluso una vez se llevó para su finca todo el lote de una tubería que se usa para la construcción de corrales y cerramientos. No hubo ninguna venta para la calle. Él la compró toda y la revendió”.

El nuevo presidente de Agropatria vino apretando tuercas, dice Macarena mirando el piso. “Al coordinador de la tienda le descubrieron lo de la tubería. Le hicieron un llamado de atención. Le dijeron que le iban abrir una investigación, renunció y se fue a Estados Unidos”.

“Allí fue cuando me ofrecieron la coordinación de la tienda. Para mi percepción, la matica podrida, que eran el coordinador de la

tienda y la administradora, ya no estaban. Y por eso acepté el cargo. Esa fue mi mayor equivocación, porque no eran solo ellos", dice todavía con pesar, más que con enojo. "Mi esposo me decía que no aceptara, pero yo le dije que quizás ese iba a ser mi boleto de salida".

El chanchullo más obvio

"Una vez llegaron a Agropatria unas baterías. Se vendieron algunas y me dijeron que el resto había salido dañado y había que cambiarlo. Cuando llegaron las nuevas, fui a la oficina del

coordinador para avisarle, y él salió hacia la tienda con el señor que iba a hacer el cambio. En una vuelta que hice por el almacén me di cuenta de que las nuevas tenían uso en los bornes. Se me metió la espina e hice el comentario en la oficina de que me habían hecho una jugada sucia, y una compañera me dijo que viera que las baterías viejas eran de 410 y las nuevas de 310. Llamé al jefe de almacén, le mostré las baterías y le dije lo que me habían hecho. Él miraba para otro lado y no me decía nada. Entonces le dije que me pagara las baterías y me diera 300 mil pesos".

"Al otro día me llamó el jefe [coordinador regional] a su oficina junto con el jefe de almacén y hasta golpeó el escritorio de la rabia que tenía. Me preguntaba quién me había metido ese chisme, y qué quería. Le pedí que pagaran las baterías y que me diera a mí 300 mil pesos.

Quedé sorprendida cuando me dijo que las baterías las pagaba él y que los pesos también me los daba él. En ese momento sentí un escalofrío, porque eso fue lo que me comprobó que estaban confabulados".

Macarena aclara que ella tenía mucho tiempo financiando la ofi-



cina de su bolsillo. Los productos de limpieza, el rollo de papel para el punto, pintura para la tienda. Ella estaba tan enamorada de su trabajo como un adolescente de su primer amor. Pero ahora estaba desencantada y molesta.

El miedo asusta, pero no ahoga

“Allí fue cuando me di cuenta de todo y por eso se volvieron mis enemigos, hasta el coordinador regional, que había sido mi compañero en el centro de acopio y me llamaba hermana. Eso fue tan duro para mí que decidí renunciar. Ahora le tengo miedo. Ahora que lo conozco sé que puede actuar de cualquier manera. Yo me muero por contar todo lo que allí se vive, pero no puedo porque le tengo miedo y yo ando a pie, en la calle. No me puedo arriesgar”, dice ahora con la voz quebrada.

“Luego de que me fui se volvieron locos -dice. Quedaron ellos y están vendiendo la mercancía afuera y en dólares. Sacaron cantidades y cantidades. Había unos baritanques de mil litros de Gramocua y ellos lo detallaron y vendieron cuatro veces más caro que el precio que tenía en Agropatria. Venden, cobran, se quedan con la diferencia y pagan todo completo. Lo peor de eso es que facturan a nombre de alcaldías bolivarianas, eso sí, a precio justo. Ahora están negociando unos baritanques en dólares. Como la importación está centralizada, esas semillas y fertilizantes solo se pueden comprar en la empresa o en esas instituciones a las que les venden”.

Como consecuencia de este monopolio, en 2019 en Venezuela solo se producía 20 por ciento de la demanda y es posible que siguiera disminuyendo la actividad agrícola en 2020. “Tenemos 12 años consecutivos cayendo como sector por culpa de las políticas públicas de control y de extorsión”. Para completar el cuadro no hay vehículos, repuestos o combustible para trasladar lo poco que se produce y se han perdido cosechas enteras de frutas porque no hay cómo mover la mer-

cancía, ni luz para preservar en las cadenas de frío”, publicó Infobae con información de Fedeagro.

“No le venden al productor directamente, sino que los amiguitos de Agropatria compran cantidades enormes y revenden en la calle a los productores, que no consiguen las semillas, que no encuentran pesticidas. Y los que no consiguen los insumos en Venezuela tienen que comprarlos en Colombia, en pesos. Los perjudicados son los ciudadanos, porque si la producción sube de precio, los alimentos también, y los campesinos que no pueden pagar esos sobreprecios. El pequeño productor que necesita comprar las semillas para poner a producir sus tierras no puede comprarlas a esos precios”, explica Macarena.

El declive de Macarena

A medida que va echando el cuento, Antonia se anima y profundiza en detalles. “Esos trabajadores de Agropatria tienen los productos en sus casas, y a los productores que llegan a preguntar les dicen que no hay, que se lo pueden conseguir, pero más caro. Ellos mismos que los han acaparado, y después de que lo venden todo es cuando le pagan a la empresa, siempre a precio justo”, claro está.

Los *modus operandi* son diversos. “Cuando estaba haciendo mi informe, antes de irme, me di cuenta de que se habían robado ocho facturas en blanco. Ellos al azar buscaban algún expediente, tomaban los datos y facturaban a nombre de esa persona. De hecho, vino un Consejo Comunal a comprar una mercancía y apareció como si la hubiera comprado tres días antes. El caso fue a Fiscalía, pero movieron sus contactos y lo taparon. Al parecer el coordinador se reunió con ellos, les autorizó una venta grande de productos, les dio dinero. Algo pasó, que ellos después se retractaron”.

“Ahora están saliendo del personal que les estorba y se están quedando con su per-

sonal de confianza que llegan, firman la asistencia y salen a buscar a los clientes para sus chanchullos.

Aquí, de este lado de la frontera tú hablas con un productor agropecuario y te habla de los productos -que vienen de Agropatria y son subsidiados- en dólares y pesos. Es un bachaqueo a gran escala".

Cuenta Macarena que uno de los jefes de Cagua iba a hacer algunas diligencias en la zona donde está la sede de Agropatria en la que ella trabajaba e iba a pasar por allá a poner gasolina. Pero ese día la tienda estaba sola. "No había ningún vigilante, y allí normalmente hay mercancía valiosa. Entonces llamó a uno de ellos para que lo cubriera. Otra vez dijeron que venían a hacer un inventario y, como faltaba una gran cantidad de un producto, se adelantaron y pusieron las cajas con los productos en la parte externa de las paletas. En el medio estaban las cajas vacías y nadie se dio cuenta de nada. Se llevaron una computadora y la regresaron cuando se fueron los supervisores".

"A mí me dolió mucho esta experiencia. Saber que todo es mentira. Que juegan con la gente. Esta situación le da a uno mucha impotencia y es una decepción total. Yo compartí el chavismo. Entré a la empresa durante el madurismo, pero no tenía idea de lo que pasaba allí. El coordinador dice ser un revolucionario, pero ese señor no tiene nada de revolucionario. Ni la mayoría de ellos. Él, que era un pata-en-el-suelo, ahorita es un bur-



gués. Esa es la realidad que algunos todavía no han visto. Nos estamos perjudicando los unos a los otros, porque el venezolano aprendió a aprovecharse de los demás. Así es el sistema".

"Yo fui incondicional con mi jefe. Hasta le manejaba su cuenta personal y todo lo que hice, lo hice de buena fe. Él me llamaba a las 10 de la noche para pasar un correo y yo lo hacía. Hay que pasar una transferencia y yo lo hacía. Y que él me golpeara de esa manera porque se puso del lado monetario. A mí me volteó la espalda, como dicen. Tanto que di, para nada. Yo me creía parte de su equipo, pero me utilizó. Renuncié hace dos meses y estoy como que fuera una pesadilla".

Una empleada de Agropatria confiesa su tenebroso paso de cinco años por la empresa que fundó el gobierno venezolano a la sombra de Agroisleña, una floreciente empresa que abastecía el 70 por ciento del mercado y prestaba financiamiento directo a más de 18 mil productores del campo cuando Hugo Chávez, en 2010, la expropió.